

# LA REALIDAD VÉCICA

En torno a uno de los aportes de Jorge Liberati

Mariela Rodríguez Cabezal

[marielarcbz@hotmail.com](mailto:marielarcbz@hotmail.com)

¿Qué instancias constituyen a las cosas?, ¿qué instancias nos constituyen?, se trata de un tema de Ontología, y para comenzar, digamos que no cuenta cualquier instancia sino que solo valen algunas.

La primera cita que haría del libro *Fantasma en la Lógica*, de Jorge Liberati, sería la que corresponde al capítulo “La naturaleza de las cosas”: “La cosa, ya se sabe, dispone de un ser inmaterial, real como el material, en su ‘forma’ o ‘patrón’. Los organismos vivos, por ejemplo, poseen ‘patrones de organización’, como gustan decir los biólogos. Estos ‘patrones’, descriptibles tal vez por alguna ecuación no lineal, pertenecen a la dimensión de las veces y no a la del tiempo continuo”.

El autor va a abundar en la explicación de lo que presenta como “la realidad véctica”, y esto merece ser considerado, a mi juicio, como un aporte fundamental para el mundo filosófico.

La dimensión de las veces: la realidad vicisitudinal o véctica, como se nombra “por economía” en sus trabajos.

Le sigo citando, ahora en el capítulo “Ni momento ni lugar sino turno”: “El significado de la palabra *vez* parece guardar relación con una especie de *forma*, perteneciente al tiempo pero independiente de él en tanto decurso o sucesión, necesaria como mínimo para que en ella pueda hacerse contener un episodio o un hecho. Es insustituible cuando no es del caso suministrar datos espacio temporales específicos. Todo hecho ha ocurrido una vez, ocurre la vez de la actualidad que se considere, u ocurrirá una vez futura. El espacio particular y el tiempo exacto en que ocurrió, en que ocurre o en que ocurrirá, sin embargo, ya no interesarán si usamos esta palabra”.

Las veces hacen al hecho, la facticidad ocurre porque hay veces, se manifiestan en el eterno espacio-tiempo, pero no hacen al tiempo cronológico y no importa el espacio en el que parece que ocurren. Los seres se constituyen por series vécticas, las que no son cualquier vez, sino –valga la redundancia– las constitutivas. Véase este pasaje del capítulo “La otra historia”: “De aquella historia que contribuye a hacernos cada vez, pero

que queda para siempre, para todas las veces, emerge lo que somos como personas; no nace de haber vivido solamente. Sabemos, por algunas reflexiones hechas sobre la ocasión y sobre ese concepto fantasmal que arraiga en la palabra “vez” (capítulo II), que la vez está libre de temporalidad y de espacialidad y que su fundamento radica en lo constitutivo y no en lo evolutivo”. Jorge Liberati escribe, a veces, con una prosa poética.

Podemos inferir que hay una relación estrechísima entre lo que él llama veces constitutivas del ser y lo que se puede entender como forma, una forma no indisociada del contenido, a mi entender, pero una forma al fin y al cabo que escapa a las coordenadas espaciales y temporales, y que subsiste en el recuerdo del ser del que se trate. “La realidad, incluyendo la nuestra, es el producto de las veces constitutivas”, así comienza un capítulo vertebral para la comprensión del tema, subtítulo “El otro mundo”. Espero que este apunte que esta vez ahora hago, no quede al margen de la penetración que espero tenga en la forma de ser del lector. Todos queremos influir en algo; ahora bien, lo que Liberati plantea es muy serio, fundamental, y sería un atropello por parte del acervo filosófico-bibliográfico que no se tuviera en cuenta como corresponde.

El autor habla de todo, de lo animado y de lo inanimado, hay veces que hacen que los seres sean en verdad, y si no se dan esas veces, las cosas pueden estar todo el tiempo que se quiera y no ser completamente, le pasa lo mismo, según sus palabras, a una planta que a un ser humano; pero en el caso de un ser humano, cuando se dan esas veces, se consigue lo que él llama la existencia soberana. La ontología tiene implicancias éticas.

Pero atiéndase a la sutileza de que lo que es ya está dado por la sola posibilidad de ser. “Si algo puede ser concebido, entonces no se puede descartar su posible presencia”, dice Jorge Liberati en el capítulo “El entramado esencial”; y en este punto coincide con el contenido del libro de Abbagnano, *Filosofía de lo posible*. Todo es posibilidad de, de confirmación, de sentirse, de definirse, la existencia es un “puede ser”. Vivir este “puede ser”

es el desafío, pero el desafío mayor es vivirlo soberanamente, diría asumiendo la tesis de este filósofo uruguayo. Para afirmar la vinculación entre Abbagnano y él me baso sobre todo en esta afirmación del comienzo del capítulo VII, "Huellas en otras teorías": "La palabra *vez* aparece cuando deseamos expresar y enfatizar no exactamente lo probable sino lo posible".

Al respecto de la noción de tiempo reivindicada en este libro, hallo una proximidad con la crítica que hace Bergson a la idea gruesa y vulgar del tiempo medido en términos de sucesiones de puntos espaciales. Las veces que hacen a las auténticas *veces* que somos tienen que ver con un tiempo interior y no con un tiempo que puede ser sucesivamente pasado, presente y futuro.

Y cuando el autor nos habla de la no contigüidad de los contenidos de ese tiempo, está aproximándose también a la noción de contenidos inconscientes, está tan presente la vivencia que pasó hace unas horas si fue significativa como la vivencia aquella que tanto nos marcó en nuestra infancia.

"*Recuérdame/ mi mejor vez*" dice la letra de una canción de Darnauchans. ("*La espina no/ la flor, la flor/si es que hubo flor*")

Nuestra conducta va dando lugar a estructuras disipativas (Prigogine) que generan órdenes y/o desórdenes que después se constituyen en nuevos órdenes. Pero lo que importa deja huella y lo llevamos dentro, viaja con nosotros porque le pertenecemos, porque lo incluimos y nos incluye, signos, rasgos del carácter, formas constitutivas, series *vécicas* según el filosofar de Liberati.

Su fina prosa argumentativa sigue el encare de este tema en el ensayo "El velo de la apariencia", donde dice que todos los filósofos han procurado ese escapar a la cárcel espacio temporal, buscando una definición de la realidad que, "permaneciendo fiel al cambio y a la fugacidad del tiempo, pueda ofrecer una idea más o menos durable y consistente". Lo comparto totalmente. El hacerse a sí mismo del ser supone el procesarse de una selección de elementos constitutivos.

Dejo de parafrasear y vuelvo a citarle directamente: "Pero si somos porque llegamos a ser, entonces, no todo lo involucrado en el hacer contribuye de la misma manera. Algunas instancias, cosas, hechos, fenómenos, lo que sea, han participado en la construcción, y otras no, y otras menos aun. Las que han contribuido configuran una serie determinante, no ordenada en el continuo, aunque sí en el tiempo; una serie de

únicas y determinantes veces constitutivas, que llamamos veces porque no interesan por el momento ni por el espacio en los que han acaecido sino por la importancia que han tenido (de una manera secuencial) para la conformación de aquello a que pertenecen".

Dice el autor que lo anterior debe ser el presupuesto principal de cualquier filosofía, ya que tales series configurarían la única realidad verdadera o no apariencial, como él gusta decir, en vez de "aparente".

Véase el alcance de la realidad *vécica* en lo que a lo humano concierne en esta oración: "La existencia plena o soberana es aquella que ha empleado veces constitutivas. Existencia cualquiera hay en cantidad, pero no soberana".

Muchos sospechan –y me incluyo– que las mejores formas de pensar en lo real nos llevan irremediamente a conceptos o ideas difusas o borrosas, porque el asunto es muy vasto –por así decirlo–, muy sutil, muy abarcador. Muchos sospechan –y me incluyo– que el desafío de definir lo real conduce a aceptar esquemas paradójicos para tan grande empeño. Sigamos el hilo de premisas y conclusiones que venimos reseñando y detengámonos a pensar cómo se supone que es la realidad *vécica* y cómo se supone que se manifiesta, esto nos lleva necesariamente a aceptar y no aceptar a la vez la facticidad espaciotemporal. (Jorge ha investigado y escrito mucho sobre Lógica Borrosa). Los elementos constitutivos que hacen a la mesa y me hacen a mí en tanto y en cuanto seres, rebasan las coordenadas del tiempo y el espacio, ya que se pueden abstraer como *formas*, pero se manifiestan en dichas coordenadas en forma inmanente, al existir encarnados entonces.

Liberati escribe sobre la tribulación anterior de la siguiente manera: "Habría, sí, una especial clase de vivencia. Una vicisitud liberada del tiempo y del espacio, pero originada y proyectada en ellos". Y a continuación agrega un párrafo que al mismo tiempo reconoce que su tesis es, en parte, deudora de Dilthey y de Ortega y Gasset: "Se puede llamar vez a este tipo de vivencia diltheyana, a esta especial circunstancia orteguiana, independiente de cuándo y de dónde, valedera sólo por lo que ha dejado en el ser".

Por último digamos que al autor le importa cómo llegar a dicha realidad *vécica*, la cabal, la verdadera, y ante tal preocupación apunta que le compete el trabajo a la inteligencia, pero no a una inteligencia estrictamente racional sino más bien a una capacidad de aprehender que, en algo se vale

de la deducción, la abducción y la inducción, pero que es más que todo eso, él habla de la necesidad de una inteligencia selectiva, no enumerativa e informal para dar cuenta de tan difícil blanco del sujeto cognoscente, lo que es ni más ni menos que el blanco de la pregunta ontológica, algo que compromete a la pregunta kantiana acerca de qué puedo conocer, y que no se reduce, a mi juicio, a la pregunta antropológica, desde la premisa de que el asunto de lo que hace al ser va más allá de lo que nos hace ser seres humanos. Se trataría de algo más que solo razón, y de algo más que solo experiencia; creo ver, por un lado, criticismo en el autor, una preocupación por la forma acerca de cómo procesar los datos, y por otro lado mucha crítica –en el sentido de la necesidad de seleccionar los mismos con acierto–.

Si de hablar de la realidad de las relaciones se trata, en el artículo “Una realidad que se escapa de las manos”, llegando al final, el ensayista escribe lo siguiente: “Surge un ‘mundo’ cuyas ‘cosas’ no se pueden atrapar como no fuera cotejándolas con las demás en sus ‘enfrentarse’. La relación es vicisitudinaria o, para abreviar, *vécica*. Nada hay de nuevo en esto. Nicolai Hartmann, en su *Ontología*, sostuvo que la conciencia no comprende la cosa o la situación real ‘partiendo de la totalidad de las condiciones, sino sólo de una selección de factores subjetivamente condicionada’. De allí que cada cosa tenga tras sí ‘una sola cadena completa de condiciones’. Puede sospecharse de que la realidad, independientemente de nuestra conciencia, resulte de una selección de sus condiciones, es decir, de sus veces constitutivas”.

Pero para terminar mi escrito quiero respetar la forma en que Liberati cierra el artículo antes mencionado, porque lo hace de un modo ambiguo, borroso, indefinido o incierto, pese a que juega con la palabra “certeza”, o por eso mismo –mejor dicho–. Éstas son sus palabras: “Se trata de que en el ser, en tanto ser, hay un ‘vecear’. Hartmann habla, sorprendentemente, de ‘temporacear’. Pero no es el tiempo el que hace algo.

Las cosas ya no se pueden sostener en la mano; se escurren. Y sólo si se escurren alientan en nosotros alguna certeza”.

Veceé para hacer este artículo, una mezcla de fantasías y recuerdos ayudó a mi empeño, ¿alguna vez sabré si gatillé en el lector sus *veces* constitutivas para acordar o desacordar con estas líneas?

Ah, olvidé decir una cosa que considero gravitante (y que tiene cierta conexión con la fenomenología de Husserl) para la comprensión de la idea. “La esencia es el accidente” se subtitula una parte del discurso que venimos ahora comentando, y es una cosa porque el discurso –y el psiqueo y el pensamiento del discurso– también es un ser que está o existe en el mundo. La realidad *vécica*, según interpreto, lo abarca todo, si no, no es realidad.

El modelo interpretativo que nos aporta el autor resiste (hasta donde yo he examinado) toda crítica posible bien intencionada, y tiene el debido alcance epistémico, ya que cubre los datos empíricos –sean estos una piedra, un perro, o un hombre– con una sólida línea argumental de lo que les hace ser.

Espero que la interpretación de los textos manejados –reviviendo vínculos mediante– me haya llevado a una acertada comprensión y luego a una explicación consecuente. La visión que aporta Liberati es interpretativamente bella, y analíticamente útil. Un creador de algo que faltaba decir es también un creador de un cierto juego de lenguaje que pretende por ello dar cuenta de experiencias vividas por quienquiera leerle.

**Bibliografía de la autoría de Jorge Liberati:**

*Fantasmas en la lógica*, (2002). Cal y Canto. Montevideo, Uruguay.

“El velo de la apariencia”, Revista Enlace (2008). Maracaibo, Venezuela.

“Una realidad que se escapa de las manos”, Revista Relaciones (Nº206). Montevideo, Uruguay.

**Mariela Rodríguez Cabezal (nacida en 1964)** es egresada en Filosofía del Instituto de Profesores Artigas. Ejerce la docencia en Enseñanza Secundaria. Ha publicado varios artículos en semanarios como, por ejemplo, “La República de Platón”, y en esta revista. Además editó los siguientes libros: *Artesanías con Palabras*, *Dudas que ahogan*, *Como fue después. El debate modernidad-posmodernidad*, y *La Realidad Inclusiva. Sobre lo escrito por Dardo Bardier*.--

Recibido 24/2/2016. Aprobado 2/6/2016. VB 13/6/2016.

